

UNA NUEVA DISTRIBUCIÓN DEL MUNDO

Al relatar la saga de Rhône-Poulenc, resulta difícil no evocar a los comentaristas que deploran el «caos» del mundo, cuya marcha escaparía a nuestra comprensión. Se aferran a fuertes divisiones que permiten poner algo de orden en esta indescriptible babel. Así, están los países del Norte y los del Sur, los del Este y los del Oeste, antes separados por el Muro de Berlín, los países emergentes y los países desarrollados, Oriente y Occidente, el mundo libre enfrentado al Eje del Mal, la «vieja Europa» contra el refrescante «Nuevo Mundo», etcétera. No obstante, existe tal vez una división todavía más fuerte, elemental, instaurada hará unos treinta años y que narra el mundo tal como lo hemos distribuido. No es consecuencia de un Tratado de Versalles, ni de un Congreso de Viena, ni de una Conferencia de Yalta. Se trata de un orden industrial que se ha impuesto con naturalidad entre, para simplificar, China y Occidente.

Encontramos un principio de reconocimiento oficial en el célebre «Informe Summers», rubricado en 1991 por Lawrence Summers, economista jefe del Banco Mundial. En ese documento interno, Summers sugería que las economías desarrolladas exportaran sus industrias contaminantes hacia los países pobres, en especial «los países poco poblados de África, [que] en su mayor parte están muy escasamente contaminados». «Se trata de una lógica económica impecable»,²³ observaba. Apremiado a dar explicaciones después de que este informe se filtrase, Larry Summers juró, por supuesto, que sus comentarios eran voluntariamente sarcásticos. Sin embargo, se corresponden perfectamente con la realidad: dado que nuestras sociedades se obligan a un objetivo de «riesgo cero», todo tipo de actividades industriales han sido poco a poco prohibidas en Francia y en el conjunto del mundo occidental.²⁴

Tomemos el ejemplo del reglamento europeo de Registro, Evaluación, Autorización y Restricción de Sustancias Químicas (REACH, por sus siglas en inglés), cuyo objetivo es minimizar los riesgos sanitarios vinculados a más de treinta mil sustancias químicas contenidas en los bienes de consumo.²⁵ Se trata de un formidable progreso para la calidad de vida de 500 millones de ciudadanos europeos, en especial los empleados de las industrias. Ahora bien, al mismo tiempo, esta exigencia de seguridad medioambiental ha impactado fuertemente en el dinamismo de las industrias europeas, obligadas a suspender la fabricación de un sinfín de sustancias que se han vuelto ilegales.²⁶ Lo cual deja vía libre a otros para producirlas en nuestro lugar, y eventualmente para vendérselas.

La misma lógica se aplica a las tecnologías verdes. En las dos últimas décadas del siglo xx, los chinos y los occidentales se repartieron, lisa y llanamente, las tareas de la futura transición energética y digital: los primeros se ensuciarían las manos para producir los componentes de las green tech, mientras que los segundos, al limitarse a comprarlas, podrían alardear de buenas prácticas ecológicas. En otras palabras, el mundo se ha organizado como lo entendía Larry Summers: entre los que son sucios y los que fingen ser limpios.

Es esta enseñanza la que nos revelan las sagas de Mountain Pass y La Rochelle: al desplazar sus minas y sus fábricas de metales raros al Imperio del Medio, Occidente tomó la opción de deslocalizar su contaminación.²⁷ Hemos montado, deliberada y pacientemente, un sistema que nos permite trasladar nuestra «mierda» lo más lejos posible; y los chinos, lejos de pellizcarse la nariz, han acogido la iniciativa con los brazos abiertos. «¡Podemos darles las gracias por los estragos ecológicos que han sufrido con el fin de producir estos metales en nuestro lugar!», confirma, magnánimo, un industrial canadiense de metales raros.²⁸

Guardémonos de todo propósito anticapitalista: los Estados que nos preocupan han adoptado este sistema con toda libertad, especializado su economía deliberadamente y generado los inmensos beneficios previstos. La globalización de los mercados supuso un progreso que ha beneficiado a muchos. No obstante, ahora los chinos admiten otra cosa, como pone de manifiesto un profesor universitario: «Nos ensalzan por haber abrazado el orden mundial de la época, regido por Occidente. Pero China también ha sufrido. Si tuviera que razonar en términos de relación costes/beneficios, las ventajas que hemos adquirido no son tan evidentes».²⁹ En virtud de este pacto, Pekín ha blanqueado literalmente los minerales sucios. Ocultar en China el dudoso origen de los metales ha permitido a las tecnologías verdes y digitales adjudicarse un certificado de buena reputación. Ciertamente, se trata de la más fantástica operación de *greenwashing* de la historia.

Por supuesto, las industrias occidentales están conchabadas. «Les importan un rábano las condiciones de extracción y refinado del mineral —asegura un industrial francés—. Lo único que les interesa es comprar más barato.» Del mismo modo, nos mantienen en la ignorancia respecto de los dramas humanos que tienen lugar en los entresijos de la transición energética y digital. Así, el último informe anual del grupo estadounidense Apple, pese a ser un importante consumidor de metales raros, no contiene ni una sola vez las palabras «metales raros», «minerales metalíferos» ni «metales».³⁰ En cuanto al grupo estadounidense Tesla, líder mundial en la fabricación de coches eléctricos, solo menciona la palabra «metal» en dos ocasiones, sin hacer la menor referencia a las tierras raras, de las que no obstante sus vehículos están repletos.³¹

La rebeldía podría haber procedido de los consumidores. Son ellos quienes, al comprar o boicotear un producto, tienen el poder de orientar un mercado y conseguir que evolucionen

sus prácticas.
lla precisamen
documentales
ductos electro
por diversas
presión sobre
más ecológic
phone.³³ Por
presión sobre
reglamentaci
bargo, no ha
do sigue sien
lugar para la
344, de 17
como ley H
tro que la p
consumido
mismo, dur
dadas pa

Hoy en
ra se impo
Ahora bien
tras indus
continent
de la resp
atrás tan
ta: ¿Occi
ducir las
global? ¿
Pekín, K
mejor sit
Emmanu
again» (I

capitalista: los Estados Unidos han desarrollado este sistema con toda su capacidad y generalización. La globalización de la economía ha beneficiado a muchos países, pero no a todos. Si tuviera que elegir, elegiría a los países que han sido beneficiados por la globalización. Si tuviera que elegir, elegiría a los países que han sido beneficiados por la globalización. Si tuviera que elegir, elegiría a los países que han sido beneficiados por la globalización.

están conchabando a los consumidores de extracción de minerales. Lo que se trata de la historia de la extracción de minerales. Lo que se trata de la historia de la extracción de minerales. Lo que se trata de la historia de la extracción de minerales.

sus prácticas. Y eso que la información a este respecto no brilla precisamente por su ausencia: se han dedicado numerosos documentos a los desoladores impactos ecológicos de los productos electrónicos, y son incontables los informes publicados por diversas ONGs.³² Del mismo modo, bastaría con ejercer presión sobre las industrias para que concibieran productos más ecológicos, como los teléfonos reparables de la marca Fairphone.³³ Por último, en su calidad de electores, podrían ejercer presión sobre sus gobernantes para que endurecieran las tímidas reglamentaciones contra la obsolescencia programada. Sin embargo, no han querido ni enterarse, porque un mundo conectado sigue siendo preferible a un planeta limpio. Ahora bien, hay lugar para la esperanza: desde su entrada en vigor, la Ley 2014-344, de 17 de marzo de 2014, relativa al consumo —conocida como ley Hamon, por el apellido de Benoît Hamon, el ministro que la promovió— obliga a las industrias a informar a los consumidores acerca de las piezas de repuesto disponibles. Asimismo, durante estos últimos años han surgido iniciativas ciudadanas para que se reparen los pequeños electrodomésticos.

Hoy en día, Europa quiere lavar ultrablancos. A partir de ahora se impone un ambicioso «Paquete Energía y Clima 2030».³⁴ Ahora bien, ¿podríamos alcanzar tales objetivos si todas nuestras industrias contaminantes fueran reinstaladas en nuestro continente? ¡De ninguna manera! Se ha producido el traslado de la responsabilidad medioambiental y no daremos marcha atrás tan fácilmente.³⁵ Por tanto, cabe hacerse esta pregunta: ¿Occidente está tan legitimado como proclama para conducir las negociaciones en la lucha contra el calentamiento global? ¿Acaso la COP 21 no debería haberse celebrado en Pekín, Kinshasa o Astana en lugar de París? ¿Es Francia la mejor situada para clamar, siguiendo el ejemplo del presidente Emmanuel Macron en junio de 2017, «Make our planet great again» (Devolvamos su grandeza a nuestro planeta)?

En realidad, nos comportamos como esas sociedades que presumen ante sus accionistas de una cifra de negocios extraordinaria, mientras disimulan una montaña de deudas en una discreta filial del Caribe. Estas operaciones «fuera de balance» pueden desembocar en una manipulación contable fraudulenta, por la que numerosos dirigentes y empresas han sido ya condenados. Del mismo modo, nos vanagloriamos de nuestras legislaciones ecológicas modernas, pero hemos enviado nuestros desechos electrónicos a vertederos tóxicos de Ghana, exportado los residuos radiactivos a lo más recóndito de Siberia y subcontratado la explotación de metales raros un poco por todo el mundo.

En pocas palabras, hemos maquillado nuestras pérdidas no compensables como beneficios netos.

LA ILUSIÓN DE UNA NUEVA ERA DE OPULENCIA

El contexto de la década de 1990 favoreció en gran medida esta distribución de papeles. A principios de ese período, George H. W. Bush y Margaret Thatcher popularizaron la expresión «dividendos de la paz»: la reducción de los gastos armamentísticos, consecuencia del fin de la Guerra Fría, habría de generar una nueva era de paz y prosperidad económica. Cabe recordar la atmósfera de optimismo, incluso de euforia, que reinaba por entonces. Tras la escalada nuclear, llegaba el momento de la desmilitarización.³⁶ De ahí que los Estados que, en previsión de un enfrentamiento armado, habían almacenado stocks de metales raros necesarios para sus arsenales se interrogaran sobre la oportunidad de conservar esas reservas estratégicas.

Una reserva estratégica es una especie de cuenta de ahorro: cuando el horizonte es sombrío, nos guardamos unos

ahorrillos para hacer frente a eventuales reveses. Y una vez que renace el optimismo, echamos mano de nuestras economías para disfrutar del momento presente. En el caso que nos ocupa, hemos asistido a un fenómeno mundial de liquidación de reservas estratégicas.³⁷ De entrada en Francia, donde las reservas de platino y paladio, guardadas en las arcas del Banco de Francia, se evaporaron con rapidez, tanto con gobiernos de derechas como de izquierdas. Y luego en Estados Unidos, donde los almacenes de tierras raras, litio y berilio, valorados en decenas de millardos de dólares, fueron liquidados.³⁸

Este cuerno de la abundancia provenía en gran medida de la antigua URSS y sus Estados satélites. Las reservas históricas de paladio se saldaron con toda discreción, pasando por Zúrich. «La cosa empezó a través de los bancos UBS y Credit Suisse, en dirección a consumidores finales como el sector de la joyería. El paladio también fue adquirido por grandes corredores bursátiles, como Glencore y Trafigura», refiere un exgerente de fondos.³⁹ Y se dio un hecho notable: al mismo tiempo, Pekín, que proseguía una estrategia inversa de constitución de reservas, compró buena parte de estas mercancías...

Los inmensos excedentes de materias primas de pronto disponibles engendraron una prolongada caída de las cotizaciones y acreditaron la idea de que estas materias primas estaban disponibles hasta la saciedad. Esta ilusión de una nueva era de abundancia se vio reforzada por la abolición de las trabas al comercio internacional de tales elementos. Una única preocupación embargaba a los clientes de las empresas mineras: procurarse metales raros al precio más bajo.

Esta opulencia imaginaria no tardó en desviar a las industrias de una de sus principales tareas: conocer el origen de los recursos y controlar los circuitos de aprovisionamiento. Pudimos observar este fenómeno en la industria de la madera. En Francia, por ejemplo, los profesionales de la segunda trans-

formación ya no saben muy bien de dónde procede la materia con la que trabajan. El estallido de las cadenas de producción y las distancias cada vez mayores recorridas por los troncos han contribuido a desconectar de la materia prima tanto a los fabricantes de parques como a los carpinteros y ebanistas. Resultado: el día en que China se apodere del roble francés, arrojando con todo a su paso, nadie sabrá a qué nuevos proveedores acudir...⁴⁰

Lo mismo cabe decir de los perfumes: desde la década de 1950, la globalización y el bajo coste de la mano de obra incitaron a los perfumistas a abandonar las flores cultivadas en la ciudad provenzal de Grasse para decantarse por materias menos nobles producidas en Egipto, la India o Bulgaria. «Los perfumes se vendían basándose en conceptos, no en la calidad de las materias primas»,⁴¹ explica un profesional. Una filosofía que el sector de la perfumería está empezando a revisar.

Es lo mismo que ha ocurrido, más o menos, en la industria que utiliza los metales raros. El postulado según el cual los recursos están disponibles en cualquier cantidad y en cualquier momento todavía sigue prevaleciendo. Esta utopía se ha visto respaldada por los dogmas de *just in time* (justo a tiempo) y *zero stock* (cero reservas). Explicados en todos los másteres en administración de empresas del planeta, y aplicados por las grandes industrias, ambos métodos de gestión de la producción fueron instituidos a partir de 1962, en el seno del grupo japonés Toyota, por el ingeniero Taiichi Ōno (de ahí que se hable de «toyotismo»). Con el fin de evitar todo excedente, la regla del *just in time* persigue que el tiempo transcurrido entre la fabricación del producto y su venta sea lo más breve posible, lo cual implica lo que se conoce como cadenas de producción ajustada. El *zero stock* constituye su corolario: la gestión de las piezas sueltas y de los componentes se confía a un ejército de subcontratistas externos.

En consec
transferido de
materias prim
na logística m
la cultura de
circuito de a
N - 1, ya na
de electróni
los mercado
ridad e incl
des colosale
de sus últim
cuestión de
pocas mate
relacionado
cante». ⁴² ¿
toyotismo
industrias :

EL ABANDO

Con toda
bién para
volidad, r
progresiv
siones en
de los m
63 % de
En cuan
el hundi
tigacion
francés)

En consecuencia, es a estos proveedores a quienes se han transferido de facto los peligros relacionados con la entrega de materias primas. La complicación concomitante de la cadena logística no ha facilitado precisamente la transferencia de la cultura de las materias primas de un extremo al otro del circuito de aprovisionamiento, porque, más allá de $N + 1$ y $N - 1$, ya nadie habla con nadie. Sin duda por eso el grupo de electrónica francés Thales, cuyos productos, destinados a los mercados de la industria aeroespacial, la defensa, la seguridad e incluso los transportes terrestres, necesitan cantidades colosales de metales raros, indica farisaicamente en uno de sus últimos informes anuales, en el apartado «Riesgos en cuestión de materias primas»: «Thales consume directamente pocas materias primas. La exposición del grupo a los peligros relacionados con las materias primas es, por tanto, insignificante». ⁴² ¿Hipocresía? ¿Inconsciencia? En cualquier caso, el toyotismo ha favorecido la irresponsabilidad por parte de las industrias ante el «riesgo metales».

EL ABANDONO DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS DE SOBERANÍA MINERAL

Con toda lógica, lo que es válido para las industrias lo es también para los Estados. En este contexto de imprevisión y frivolidad, los poderes públicos han ido relegando a un cajón progresivamente toda estrategia minera. Esto tuvo repercusiones en España. En 2012, el país estaba agitado por la huelga de los mineros, después de que se anunciara la reducción del 63 % de las ayudas públicas destinadas al sector del carbón. ⁴³ En cuanto a Francia, cabe decir que estuvo a la altura hasta el hundimiento del bloque comunista. La Oficina de Investigaciones Geológicas y Mineras (BRGM, por sus siglas en francés) era un organismo público mundialmente reconocido